

dos los padres, teniendo para El un amor de ternura, de respeto y de confianza, y no temiendo nada tanto como disgustarle?

¿Le hemos amado como al único esposo de nuestra alma, no teniendo otros intereses que los suyos, ni deseando sino lo que El quiere, y poniendo toda nuestra ventura para el tiempo y para la eternidad en estarle inseparablemente unidos?

En fin, ¿le hemos amado como á nuestro todo, que procurando encontrarle en todas las cosas, debe ocupar únicamente nuestro corazon y agotarse en El solo todos nuestros afectos? *Qui se nobis totum dedit, à nobis cor nostrum totum petit.* (S. Bern.).

TERCER PUNTO.

Cuando yo considero, oh mi Jesús, por cuantos títulos Vos mereceis ser amado, que nos solicitais sin cesar á daros todos nuestros afectos, que colmais de gracias y de favores á todos los que os aman; ¿qué pesar no debo yo tener de encontrarme hasta ahora tan poco tocado de vuestro amor? Haced, oh Dios mio, que mi corazon sea todo abrasado en él, y que yo no continúe incurriendo en la desgracia de ser envuelto en el anatema que pronunció vuestro Apóstol contra los que rehusan amaros: *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum, sit anathema.* (I Cor. XVI, 22).

DE LA CARIDAD PARA CON EL PRÓJIMO.

PRIMER EXÁMEN.

Que debemos amarle como á nosotros mismos.

PRIMER PUNTO.

Adoremos la sabiduría infinita de nuestro Dios, que se manifiesta en la manera con que nos ordena amarnos los unos á los otros. El sabe las grandes ventajas que nosotros debemos reportar de este amor; mas como prevé que la carne y el demonio han de hacer todos sus esfuerzos para destruirle, ó al menos para disminuirle mucho en nosotros; no solamente nos hace de él un mandamiento expreso, sino que quiere que el amor que tenemos por nosotros mismos sea la regla del que profesemos al prójimo: *Diliges*, dice El, *proximum tuum sicut te ipsum.* Rindamos gracias á este Dios de bondad y de amor.

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si nosotros hemos amado á nuestro prójimo como á nosotros mismos.

¿Hemos entrado cordialmente en todos sus intereses, y hemos hecho como propios sus asuntos?

¿Hemos tomado tanto gusto por las ventajas que sobrevienen á sus bienes, como

si hubiesen venido á los nuestros? ¿y mostrádonos tan sensibles á sus males y disgustos, como lo somos por nuestras propias aflicciones?

¿Tomamos tanto cuidado por El como por nosotros mismos? Buscamos los medios para poder socorrerle? ¿Le prevenimos en sus necesidades? ¿Estamos siempre prontos á servirle?

En nuestras conversaciones, empleos, negocios, y en todas las ocasiones en que tenemos que tratar con él, le mostramos una gran deferencia, una complacencia cristiana, y evitamos con cuidado todo lo que le puede desagradar?

¿Su reputacion nos es tan cara como la nuestra? ¿Hemos tenido cuidado, todas las veces que lo podemos hacer sin faltar á nuestro deber, de cubrir sus faltas, excusarlas ó disminuirlas, y desvanecer lo que se hablare por los demás en contra suya?

¿Nos interesamos con caridad y con celo en su salud, y muy particularmente en su salvacion eterna; hacemos votos y oraciones en su favor; lloramos sobre las faltas y sobre los pecados que comete; vemos con gozo las gracias que recibe y la fidelidad con que las aprovecha?

En fin, ¿hemos seguido estas dos grandes reglas que nos da la Escritura: No hagas á otro lo que no quisieras se te hiciese, y hazle lo que quisieras para tí?

Quod ab alio oderis fieri tibi, vide ne tu alteri aliquando facias. (Tob. iv, 16). Prout vultis ut faciant vobis homines, et vos facite illis similiter. (Luc. vi, 31).

TERCER PUNTO.

Dios mio, lo que dice la Escritura santa del amor de Jonatás para David, nos manifiesta bien la manera con que Vos queréis que nosotros amemos al prójimo. El corazon de Jonatás estaba íntimamente unido al corazon de David, y le amaba como á su alma (1). Así es, pues, como nosotros queremos en adelante amar á nuestro prójimo: humildemente os demandamos esta gracia, oh Dios mio, y os la pedimos por el grande amor que teneis para nosotros.

SEGUNDO EXÁMEN.

Que debemos amar al prójimo con un amor puro como Jesucristo nos amó.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor, que nos propone por modelo de nuestro amor para con el prójimo el amor incomparable con que El mismo nos ha amado. El llama á este

(1) Anima Jonathæ conglutinata est animæ David, et dilexit eum Jonathas quasi animam suam. (1 Reg. c. xviii, 4).

mandato un mandamiento nuevo, porque es nuevo y extraordinario en la pureza, la ternura y la fuerza con que El ha amado á todos los hombres, y con que quiere que nosotros les amemos (1). ¡Qué homenajes no debemos rendir á este soberano Maestro, despues de un mandamiento tan lleno de amor!

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si nosotros hemos amado puramente á nuestro prójimo, segun el ejemplo de nuestro Señor.

El nos ha amado sin interés, por nuestra salud y por la gloria de su Padre. ¿Es así como nosotros hemos amado al prójimo?

1. ¿No le hemos amado por nuestros propios intereses, no haciéndole algun servicio, no teniendo por él alguna complacencia, no manifestándole estimacion de amistad, sino porque esperábamos reportar de él alguna ventaja?

¿No era solamente con esta mira que teníamos para él mil atenciones y deferencias, que nos hemos acomodado y sujetado á sus humores é inclinaciones, y aplaudídole y alabado en todas ocasiones?

¿Y no es sobre este fundamento que al conversar con él hemos entrado en sus

(1) Mandatum novum do vobis, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos. (Joan. XIII, 34).

sentimientos, y aprobado sus máximas, aún cuando ellas no pudieran inspirar sino la relajacion y la tibieza?

2. ¿Hemos amado al prójimo con la sola mira de su salvacion, no deseando nada con más ardor que conducirle á Dios y á trabajar en su perfeccion, no perdiendo para esto ninguna ocasion que pudiera servir á disgustarle del mundo y hacerle pensar en la eternidad, no cultivando su amistad sino para ponerse en aptitud de insinuarle las verdades cristianas y la práctica del Evangelio?

3. ¿Le hemos amado por Dios, sin tener en mira ni sus talentos, su nacimiento y buenas maneras, ni la simpatía del humor y conformidad de sus inclinaciones con las nuestras; mas sí solamente en mira porque es él imagen de Dios, un miembro de Jesucristo, el templo del Espíritu Santo, y el hijo de la Iglesia; porque es capaz de glorificar á Dios en la eternidad; porque Dios mismo nos lo manda? *Hoc est preceptum meum, ut diligatis invicem sicut dilexi vos.* (Joan. xv, 12).

TERCER PUNTO.

Dios mio, yo reconozco haber faltado muchas veces contra la caridad del prójimo, por no haberle amado con bastante pureza. Que yo no le ame en adelante, oh Dios mio, sino por su salvacion y para

vuestra gloria ; porque este es el medio de amarle sin exceso, sin peligro, sin apego, sin inconstancia y sin acepcion de personas, y en una palabra, *digne Deo, in Christo Jesu.* (Colos. 1).

TERCER EXÁMEN.

Que debemos amar al prójimo con un amor tierno, á ejemplo de nuestro Señor.

PRIMER PUNTO.

Admiremos con qué ternura y con cuánta condescendencia Jesucristo ha amado á todos los hombres. El descende del trono de su gloria para darnos un libre acceso hácia El : El se sujeta á las enfermedades de la naturaleza humana para librarnos de nuestras miserias, y se hace sensible á nosotros para ponerse en estado de compartir nuestros males (1). Adoremos á este divino Salvador, enterneciéndose de este modo sobre nosotros, y ordenándonos hacer lo mismo con respecto á nuestro prójimo.

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos cómo nosotros hemos imitado á nuestro Señor en el amor tierno y condescendiente que El ha tenido por el prójimo.

(1) Non enim habemus Pontificem, qui non possit compati infirmitatibus nostris : tentatum autem per omnia. (*Hebr. iv, 15*).

¿Nos hemos enternecido sobre las necesidades del prójimo, y compadecido cuando le hemos visto en la miseria?

¿Le hemos mostrado tristeza en sus aflicciones? A ejemplo del Apóstol ¿hemos mezclado nuestras lágrimas con las suyas? ¿y le hemos mostrado el deseo que tenemos de aliviarle?

Cuando algunas personas han acudido á nosotros en sus penas, ¿las hemos recibido caritativamente, con semblante complaciente y con demostraciones de una afecion sincera?

¿No las hemos contristado algunas veces por nuestro humor fastidioso, nuestro aire melancólico y nuestro exterior muy severo?

¿No las hemos tal vez desechado con nuestra manera de obrar altiva y despreciadora?

¿Hemos dado libre acceso á las personas que tienen asunto con nosotros, sobre todo á los pobres y pequeños ; y hemos procurado, segun el aviso de san Pablo, complacer á todos en todo lo que es bueno? *Unusquisque proximo suo placeat in bonum.* (Rom. xv, 2).

Cuando hablamos á las personas sobre las que creemos tener alguna ventaja ó autoridad, ¿no lo hemos hecho de una manera tan imperiosa y con un aire que más parecia de un amo colérico y duro que habla á

su criado, que de un cristiano que se dirige á su hermano?

¿Hemos tenido por los pecadores y por las personas afligidas de tentaciones, de escrúpulos ó de otras penas interiores, toda la ternura, dulzura y condescendencia que son necesarias para animar á los que se encuentran en esos estados tristes?

En fin, ¿hemos nosotros descendido de nuestra vana y pretendida grandeza para acomodarnos al prójimo y para hacernos, á ejemplo de san Pablo, pequeños con los pequeños, pobres con los pobres, enfermos con los enfermos, como ignorantes con los ignorantes; y en una palabra, todos para todos, para ganarlos á todos para Jesucristo? *Omnibus omnia factus sum, ut omnes facerem salvos.* (I Cor. IX, 22).

TERCER PUNTO.

Dios mio, despues del grande ejemplo que Vos me dais de la ternura y condescendencia que yo debo tener para el prójimo; despues del mandato expreso que para esto me haceis, y la seguridad con que me prometeis tratarme como yo le hubiere tratado (1), ¿podria no tener para él esta caridad tierna y condescendiente, yo que, en medio de un gran número de miserias, tengo tanta necesidad de la vuestra? no,

(1) *Eadem mensura qua mensi fueritis, remetietur vobis.* (Luc. VI, 4).

Dios mio, jamás le trataré sino segun esta regla que Vos me dais por vuestro Apóstol: *Induite vos, sicut electi Dei, viscera misericordie, benignitatem, humilitatem, modestiam, patientiam.* (Colos. III, 12).

CUARTO EXÁMEN.

Que debemos amar al prójimo con un amor fuerte, á ejemplo de nuestro Señor.

PRIMER PUNTO.

Adoremos la fuerza y el amor que ha hecho sufrir tanto á Jesucristo por nosotros. El se ha expuesto á toda suerte de ignominias, de confusiones y de menosprecios; El ha llevado con paciencia las persecuciones más sangrientas y los más crueles tormentos del mundo, y ha querido derramar hasta la última gota de su sangre, y morir con la muerte más vergonzosa que hubo jamás: nada, en una palabra, ha sido capaz de extinguir su caridad por el prójimo (1). ¿Quién, ante este espectáculo, no le tributará de lo más profundo del corazon los respetos y gracias que son debidas?

(1) *Aquæ multæ non potuerunt-extinguere charitatem.* (Cant. VIII).

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si nosotros hemos amado fuerte y animosamente al prójimo, á ejemplo de nuestro Señor.

¿No nos hemos retraído, á las primeras dificultades que se presentan, del servicio del prójimo, desistiendo por cualquiera de ellas de las fuertes resoluciones que habíamos tomado de prestarle algunos buenos oficios?

Cuando nos hemos prestado á servirle, ¿no lo hemos hecho con mucha negligencia y frialdad, y no hemos sido para El demasiado económicos ó avaros?

¿Hemos expuesto de muy buena voluntad, *corde magno et animo volenti*, nuestros bienes, nuestra salud, nuestra vida, por socorrerle en sus necesidades?

Cuando ha sido necesario visitarle en sus enfermedades, y en ellas asistirle, ¿hemos mostrado nuestra repugnancia, sin ocultar el malhumor y repulsion que podía causarnos la calidad de la dolencia y la naturaleza del mal?

El afecto demasiado grande por nuestros bienes, y la violencia que trae su desprendimiento, ¿no ha sido la cruel causa de negarnos á socorrerle en su pobreza?

El temor de algunas burlas, ¿no ha sofocado muchas veces los movimientos que Dios nos daba, para instruir á los pobres,

consolar á los miserables, visitar á los prisioneros, ó servir á los enfermos en los hospitales?

¿Hemos sido bastante generosos para hacer penitencia por los pecadores, á ejemplo de esos grandes Santos que, abrasados todos en caridad, no se cansaban de gemir y de padecer por los pecados de los hermanos?

En fin, por amar mucho nuestro reposo y ser muy delicados para nosotros mismos, ¿no hemos perdido mil ocasiones de servir al prójimo, bien lejos de seguir el ejemplo del Apóstol, que se sacrificaba él mismo y cuanto tenia para asistirle en su necesidad? *Ego autem libentissime impendam et superimpendar ipse pro animabus vestris: licet plus vos diligens, minus diligar.* (II Cor. XII, 15).

TERCER PUNTO.

Dios mio, que para hacernos conocer la fuerza de vuestro amor habeis querido dar vuestra vida por nosotros, os demandamos muy humildemente la gracia que nos es necesaria para marchar sobre vuestros pasos, y para emplear como Vos todo lo que tenemos, y nuestra vida misma, al servicio del prójimo. *In hoc cognovimus charitatem Dei, quoniam ille animam suam pro nobis posuit: et nos debemus pro fratribus animas ponere.* (I Joan. III, 16).

QUINTO EXÁMEN.

Cómo debemos soportar los defectos del prójimo.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor, soportando con una dulzura extrema y una paciencia infatigable los defectos, las imperfecciones y las ignorancias de aquellos con quienes conversaba. Admiremos cómo también sufre las nuestras todos los días con tanta bondad. Agradezcámosle el grande amor que tiene para nosotros, y el bello ejemplo de caridad que nos da. *Si sic Deus dilexit nos, et nos debemus alterutrum diligere.* (I Joan. iv, 11).

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos cómo soportamos las enfermedades y los defectos del prójimo.

¿Los hemos sufrido con toda la paciencia y toda la dulzura con que deseamos que se sufran los nuestros?

¿No hemos experimentado en esto demasiada repugnancia y pena, y no ha llegado al grado de hacernos retirar de la compañía de nuestros hermanos, y de evitar en seguida las ocasiones de encontrarlos con ellos?

¿Hemos procurado vencer la oposición que sentimos por su humor demasiado ale-

gre ó demasiado melancólico, por su natural bastante franco ó muy austero, por su manera de obrar lenta ó precipitada?

En lugar de excusar sus defectos, de cubrir cuanto es posible sus imperfecciones, y de portarnos con él como si no nos apercibiésemos, ¿no le hemos avergonzado ante el mundo, hasta reprenderle excesivamente, ó haciendo sus miserias materia de bromas?

¿No le hemos hablado muy libremente de sus enfermedades corporales ó espirituales, de su rusticidad, ligereza ó celo indiscreto, de su terquedad ó poco talento?

¿No hemos criticádole sus faltas, tachando sus equivocaciones, marcando sus yerros, y remedando lo defectuoso de sus gestos, de su pronunciacion ó maneras de andar?

¿No hemos mirado como carga demasiado improba y pesada la de vernos obligados alguna vez á escuchar las quejas de los afligidos, á experimentar el mal humor de los enfermos ó á sufrir las importunidades de los escrupulosos?

En fin, ¿estamos resueltos á seguir en todas ocasiones inviolablemente esta gran regla que nos da el Apóstol, de soportar sus defectos los unos á los otros, y que llama él ley de Jesucristo? *Alter alterius onera portate, et sic adimplebitis legem Christi.* (Gal. vi, 2). *Supportantes invicem in charitate.* (Eph. iv, 2).

TERCER PUNTO.

¡Oh Dios mio, que me sufrís despues de tanto tiempo, gran motivo tengo de temer que Vos os canseis al fin de mis miserias, puesto que con tanta facilidad yo me he cansado de la de mis hermanos! Yo os pido perdon de mi poca caridad, y formo ahora deseo, seguro de vuestra gracia, de soportar los defectos de mi prójimo, cualquiera que sea la pena ú oposicion que sienta para ello, segun el aviso que me da vuestro Apóstol: *Debemus imbecillitates infirmorum sustinere, et non nobis placere.* (Rom. xv, 1).

SEXTO EXÁMEN.

De la union con qué se debe obrar entre los cristianos.

PRIMER PUNTO.

Adoremos la unidad perfecta que hay desde toda la eternidad entre Dios el Padre y su Hijo bien amado: *Ego et Pater unum sumus.* Aunque las Personas sean realmente distintas, ellas no son sin embargo sino una sola esencia; tienen los mismos pensamientos, las mismas intenciones y los mismos deseos. Ellas no tienen sino un sólo espíritu, una sola voluntad y un mismo término de su amor, que las dos pro-

ducen en unidad de principio. Hé aquí el modelo que Jesucristo desea establecer entre los cristianos: *Ut sint unum*, dice El, *sicut tu Pater in me, et Ego in te.* (Joan. xvii). Tratemos de corresponder á este deseo.

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si nosotros vivimos en una perfecta union con el prójimo.

Tan grande debe ser esta union, que pueda decirse con verdad que no hay entre nuestros hermanos y nosotros más que un corazon y una alma, como se decia de los primeros cristianos. *Erat credentium cor unum et anima una.* (Act. iv).

Para llegar á esta deseable union, ¿ hemos procurado conformar nuestro espíritu al suyo, escuchando sus razones, entrando en sus sentimientos, y sometiéndonos á sus designios, en cuanto nos lo permita la conciencia?

¿No hemos sido de tal modo caprichosos en nuestros pensamientos, que hayamos querido sujetar á ellos á los demás?

¿No hemos por esto mismo empleado una gran parte de nuestras conversaciones en vanas disputas, sosteniendo con calor nuestros sentimientos, y resistiendo áun muchas veces á la verdad conocida, á fin de fundar bien aquello en que nos empeñábamos?

¿Hemos procurado tener ó por lo menos conciliar nuestra voluntad con la del prójimo, no resistiendo nunca á sus inclinaciones ni á sus deseos, á menos que no nos obliguen á lo contrario nuestro deber y los intereses de Dios?

Cuando la Providencia nos ha asociado con algunas personas para trabajar simultáneamente en una misma obra, ¿hemos procedido de concierto con ellas? Ó en lugar de acomodarnos á sus maneras racionales, ¿no hemos insistido para hacerlas entrar en las nuestras?

¿No hemos querido muchas veces arreglarlo todo y determinar por nosotros mismos, sin atender á sus pareceres y esperar su consentimiento?

¿No nos hemos dejado llevar de tal modo de nuestro humor, que esto haya hecho, ó que los otros se sometan á nuestra voluntad, aunque menos razonable, ó que se expongan á disgustarnos y á romper con nosotros?

En fin, ¿no hemos alimentado un cierto espíritu de contradicción, que lo menosprecia todo, que todo lo condena y que tiende á desaprobar todo lo que los otros hacen ó dejan de hacer?

TERCER PUNTO.

Dios mio, á fin de que nosotros podamos en adelante vivir en una grande union con el prójimo, dadnos, os suplico, la gracia que nos es necesaria para practicar la caridad, la dulzura, la deferencia, la humildad y el desinterés que vuestro Apóstol nos propone como medios seguros para establecer esta union perfecta é inviolable: *Idem sapiatis, eandem charitatem habentes, unanimes, idipsum sentientes: nihil per contentionem, neque per inanem gloriam; sed in humilitate superiores sibi invicem arbitantes, non quæ sua sunt singuli considerantes, sed ea quæ aliorum.* (Philip. II, 2, etc.).

SÉPTIMO EXÁMEN.

Que debemos mantener la union entre nuestros hermanos.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor Jesucristo, sobre esta misteriosa cualidad (que el Apóstol le da) de piedra angular. *Lapis angularis... Qui facit utraque unum.* (Eph. II, 14). El es quien ha unido la cosas más separadas; el cielo con la tierra, los judíos con los gentiles, y que reconcilia los enemigos más irritados y los más apasionados. Es

un Rey que no quiere turbulencias ni partidos en sus Estados: *Rex pacificus*. Es un padre de familia que quiere la paz y la concordia en su casa: *Qui habitare facit unius moris* (unánimes) *in domo*. (Psalmo LXVII, 7). Es un jefe que no quiere la division entre sus miembros: *Multa quidem membra, unum autem corpus: singuli autem alter alterius membra*. (Rom. XII).

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si nosotros contribuimos, cuanto es posible, á estrechar ó mantener la paz y la union entre nuestros hermanos.

Cuando hemos advertido alguna desavenencia entre ellos, ¿trabajamos para reconciliarlos, y nos aplicamos particularmente á buscar los medios de conseguirlo?

Cuando nos comunican las desazones que tienen los unos contra los otros, ¿procuramos disipar sus sospechas y desconfianzas, y apaciguar sus quejas dulcemente?

En lugar de aprovechar esta confianza del corazon, y de ella servirnos para calmarlos, ¿no hemos por nuestro silencio ó por alguna palabra de complacencia para ellos, aprobado sus disgustos y nutrido sus pequeñas aversiones?

¿No hemos sido demasiado desgraciados para sembrar la discordia entre nuestros hermanos, lo cual es un crimen enorme

y detestable delante de Dios? *Dominus detestatur eum qui seminat discordias*. (Prov. VI, 19).

¿No nos hemos dejado llevar alguna vez por ligereza, por indiscrecion ó por un cierto prurito de hablar, del malhadado defecto de hacer chismes ó referencias que han sido causa de grandes divisiones; y si por desgracia se ha verificado esto, hemos procurado remediarlo con la prontitud y prudencia que demandan un verdadero arrepentimiento?

¿Y no hemos dado lugar con nuestro mal ejemplo á ese espíritu de division, no queriendo sufrir nada de los demás, chocando por la menor palabra, ofendiéndonos por la más pequeña falta, y no reconciliándonos sino con repugnancia?

En fin, como verdaderos hijos de Dios, ¿hemos de tal modo amado la paz, que no solamente la mantengamos en nosotros y con los demás, sino tambien procurando derramar su espíritu por todas partes: *Beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur*. (Matth. V, 9).

TERCER PUNTO.

Dios mio, que no sois un Dios de disension, sino un Dios de paz (1); Vos, oh mi Dios, á quien los Santos llaman *amator*

(1) Non enim est dissensionis Deus, sed pacis. (I Cor. XIV).

pacis, inhabitator pacis, autor pacis, dadnos una parte de esas gloriosas cualidades, á fin de que no amando nada tanto como la paz, la llevemos siempre con nosotros, y procurándola por todas partes, nos hagamos dignos de la promesa de vuestro Apóstol: *Pacem habete, et Deus pacis et dilectionis erit vobiscum.* (II Cor. XIII, 11).

OCTAVO EXÁMEN.

De las verdaderas señales de la virtud de la caridad.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor reiterándonos muchas veces el precepto de la caridad del prójimo. Nos le da frecuentemente por sí mismo; nos lo repite por su Discípulo amado, por sus Apóstoles y por sus Evangelistas; nada hay en la Escritura santa que nos sea más recomendado. ¿Y no es todo esto una prueba evidente del deseo que tiene de que reine este amor en nuestros corazones, de manera que podamos dar de él señales positivas? Agradecemosle el habernos dado en este solo precepto el medio de satisfacer plenamente á todos los otros: *Qui enim diligit proximum, legem implevit.* (Rom. XIII, 8).

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si nosotros tenemos las cualidades de la verdadera caridad, tales como las demanda san Pablo.

1. La verdadera caridad es paciente: *Charitas patiens est.* (I Cor. XIII). Ella soporta sin enfado y sin pena los humores, las debilidades y las imperfecciones del prójimo.

2. Ella es dulce: *Benigna est.* No produce jamás palabras duras y ofensivas; y cuando advierte que las personas á quienes habla tienen espíritu y virtud y no se ofenderían fácilmente, ella las considera, no obstante y no las trata sino con mucha reserva y circunspeccion.

Jamás habla con severidad, ni reprende con acritud, ni manda con imperio.

3. Ella no es celosa ni envidiosa: *Non æmulatur.* Y muy lejos de envidiar la prosperidad del prójimo, la desea en él como la suya propia, y no se regocija menos por ella que por sus propias ventajas.

4. *Non agit perperam:* Ella no obra por capricho y por humor. Ella no sabe lo que es lisonja ni disimulacion. Ni es ligera, inconstante ni temeraria.

5. *Non inflatur:* Ella no se hincha de orgullo, y hace que cada uno tenga más estima de su prójimo que de sí mismo, y se muestren mucha deferencia los unos para los otros.